

Memoria y ficción. El cuerpo presente

Edda Fabbri

He reflexionado en otras oportunidades sobre mi vínculo con el pasado reciente, sobre la forma en que este se deja abordar —o se resiste a que lo hagamos— por medio de la palabra escrita. Lo hice después de haber escrito mi propio testimonio, que nació sin que yo supiera que de eso se trataba. Como en otras circunstancias y aspectos de mi vida, la reflexión llegó después. A consecuencia de lo que escribí me vi en la obligación de pensar, no tanto sobre mi propio texto, sino sobre esa categoría que se ha llamado literatura testimonial. Multiforme, tiene puntos de contacto con la autobiografía y con las memorias personales, colinda con los trabajos del historiador y del periodista, pero no es nada de eso. Dialoga con esos textos, es decir, que los escucha y les habla. Es, además, capaz de construir junto con ellos un paisaje del pasado próximo, el nuestro.

Yo hablo de construir y uso este verbo consciente de que lo hago. No fotografiamos aquel pasado, no lo rescatamos de una muerte que lo amenaza. El pasado ya murió, no está ya. Y somos muchos los que nos acercamos a él y nos disputamos no sus pertenencias, como se disputan los bienes de un difunto, sino su mismo cuerpo. En eso estamos.

Yo no escribí para testimoniar, al menos no me lo propuse; no sé si lo hice para pelear por un pasado o por una forma de mirarlo, acaso para pelear conmigo, para explicar y explicarme, para que un texto dijera lo que yo no decía. Incluso para olvidar, que para eso se escribe también, para olvidar.

Pensé un día que el olvido era el deseo de un tiempo —unos pocos momentos— en que todo se ordena y esos líquidos nuestros —humores, sangre, linfa, por ahí deben de ir los recuerdos— decantan en el cuerpo y uno puede mirarlos o sentir su paso y su silencio. Sé que es una ficción el olvido, una libertad, un respiro. De la ficción voy a hablar. No de su presencia antigua al costado de mi vida, ese es un asunto privado. Hablaré de su presencia en nuestros textos, esos que nos aproximan al monstruo, al cuerpo presente del pasado.

Antes de eso debo otra vez aclarar: hablo desde mi subjetividad, desde el único lugar que puedo hacerlo. No me ata el compromiso con ninguna disciplina, no me obliga el rigor con que debe abordarse cualquier saber; pero estoy igualmente obligada, porque esa libertad en la que creo instalarme implica una dosis igual de responsabilidad, un apego. No a la verdad objetiva, si es que eso existe, sino a la mía. Solo si puedo mirarme con cierta dosis de verdad, la que yo sea capaz de soportar, podrán otras personas escuchar mi discurso, creer en él.

Así escribí ese libro al que llamé *Oblivion* —que significa «olvido»— y en el que pude encontrar alguna verdad mía. Busqué comunicar alguna cosa y creo que lo logré. Pensé entonces que tiraba unas piedritas al aire o a un estanque. Ellas cayeron quizás con alguna belleza y conmovieron —eso quiero creer— el agua receptiva, no impenetrable. Así las hojas escritas van en su botella, pensé, y el naufragio zozobra otra vez cuando la ve alejarse porque ahí va su vida. O dicho de otro modo: sabe que ese mensaje es principalmente para él, que está en la isla bajo el sol y los astros, metido en los días que lo sostienen y lo empujan, que no lo dejan escribir y lo obligan.

Así lo escribí, eso es verdad, desde esa soledad. Hay una contradicción en esto, o un imposible. Porque la escritura testimonial apela siempre a otros y, lo que es más importante, implica siempre a otros. Esto no puede olvidarse. Solo debe olvidarse a la hora de escribir, o así lo hice. Busqué no pensar en un eventual lector futuro o presente. No pensar en las consecuencias de mis palabras, no someterlas a esa indagación, esa requisa. Otro imposible. No sé por cuántos filtros —propios, además de los ajenos— pasan las palabras. Puedo decir que intento escastrarlas a algunos de los más evidentes. Esos filtros pueden llamarse compromiso: con esto o con lo otro, lo que sea. Cierro los ojos a lo exterior —sí, eso digo— a la hora de escribir. Suena contradictorio,

porque al testimoniar estamos dando cuenta de alguna realidad. Creo que damos cuenta, principalmente, de nuestro vínculo con esos hechos: lo que ellos nos dejaron o nos sugieren, las preguntas frente a las cuales nos plantaron. Para poder mirar esas preguntas a la cara es que debo olvidar lo demás, lo que otros esperan o necesitan oír. A eso debo cegarme.

Escribimos. Como podemos damos testimonio. Si toda literatura es testimonio —no puedo pensarlo de otro modo—, testimonio de un mundo, de un sistema de ideas o de una sola idea, de una vida o de un día, de un instante —el que precede a la muerte o cualquier otro— en esa vida; si la literatura es testimonio siempre, aunque invente, ¿qué es lo que hace la diferencia? ¿Por qué la nombramos así: literatura testimonial? Podría pensarse que es la voluntad, el deseo del escritor, consciente o no, de referir a una experiencia que es suya y, seguramente, también colectiva. Su necesidad impostergable de referir a esos actos de su vida —a veces su vida entera— que él protagonizó inmerso en el colectivo. Sí, en particular de eso habla la literatura testimonial, de ese momento en el cual, metidos en el mundo lo sufrimos o buscamos cambiarlo, fuimos parte de esa ola poderosa que nos sostiene y nos hunde: otros la llaman historia. No hemos sido su sujeto pasivo. Buscamos transformarla y fuimos, además, transformados por ella al punto que debimos después pensarnos y pensar al colectivo bajo una nueva luz o un silencio.

Creo que si un acto o una serie de actos son dignos de ser recogidos por el testimonio es por lo que ellos tienen de revulsivo. No solo por la sangre, que después —o al tiempo— de meterse en la tierra lastima para siempre la mirada superviviente. No solo por la sangre insepulta, repito, más bien por sus consecuencias. Y no me refiero a las consecuencias en la vida privada de ese individuo —ineludibles para él—. Me refiero, cuando hablo de consecuencias, a la forma en que miramos, después de lo ocurrido, a todo nuestro anterior sistema de convicciones, de las cuales solo algunas son las políticas. Descreo de que después de los acontecimientos que cambiaron a un colectivo, a sus formas de vivir y de pensarse podamos seguir adelante sin indagarnos. En su capacidad de indagar el pasado, de posibilitar una nueva lectura está, a mi modo de ver, el valor de un texto testimonial.

El registro de las experiencias límite que están en la base del testimonio, además de despertar y acallar hechos, es capaz de disparar interrogantes como: ¿qué serie de factores hizo posible que esos hechos sucedieran?, ¿cómo respondieron los implicados, todos los implicados en ellos?, ¿cuáles fueron las responsabilidades?, ¿cuáles las consecuencias? También preguntas de otro tipo como: ¿qué contamos de todo aquello?, ¿para qué o quiénes?, ¿a qué apuntamos? Todas, o por lo menos algunas de esas preguntas, y, sin duda, otras muchas, acaso más urticantes, de más difícil respuesta, están sino en la mente, en el alma, por decirlo de alguna manera, de quienes dan testimonio. Preguntas difíciles no solo de responder, también difíciles de formular, porque su sola formulación mina el campo de lo ya dicho, de lo aceptado.

En este punto, en esta encrucijada del dolor y de la verdad, que es también la encrucijada del miedo, puedo acercarme a la ficción. O de otro modo, allí ella se nos ofrece y es capaz de abrir una puerta que estaba clausurada (por eso hablé de filtros, de censuras). Por la puerta de la ficción podremos escapar, correr y estar a salvo. Que no se nos acuse de escapistas —escribí en otra oportunidad—, lo somos. Escribimos, leemos, entre otras cosas para zafar de unos límites que nos mantienen prisioneros, sea la condición social o de género de cada uno, el lugar que ocupamos en esta humana construcción, la sociedad. Escribimos para escapar, repito. Hay una indefensión en quien escribe, en quien lee, o de ella partimos. Una necesidad de huir de algún encierro. Ante él se abre la ficción. Huimos por una puerta que es, al mismo tiempo, la que nos permite llegar, esto es lo principal. Pero hay que explicarlo.

La ficción nos acompaña desde el fondo del tiempo. La hemos escuchado con deleite, le hemos creído. Fue verdad mientras la leímos (ella sabe engañar) y fue verdad después, cuando entendimos. No digo que nos permita llegar a algún lugar seguro, a una respuesta firme, apenas nos permite, y no es poco, recorrer un camino que de otro modo no podíamos andar. Y no es que despeje ese camino de alimañas u obstáculos, no lo embellece, solo habilita un tránsito. «Hay un solo camino —escribió Onetti—, el que hubo siempre», y sigue. Pero a mí me gusta eso del camino que hubo siempre, que es el que no hay, el que cada uno se abre como puede. Él lo dijo distinto. No hablaba de ficción Onetti en ese texto, apenas de la escritura, ese acto. Y digo que la ficción se vuelve útil cuando no podemos, de otro modo, abrir camino. Aun cuando se trate de testimonio. Es más, justamente porque se trata de testimonio, la ficción nos ofrece su temblorosa base, ese espejismo, para andar sobre él. Hablé de una puerta de entrada, debo decir a qué o a dónde: a lo que estaba oculto y le tememos, al lugar que, de otro modo, no podíamos nombrar.

¿Cómo es que inventando podemos llegar al lugar prohibido por el miedo o por lo que sea? ¿Será que inventamos armas? No lo creo. Prefiero pensar que la ficción es capaz de desarmarnos, que ella nos despoja,

además de despojar a su objeto. Ella es capaz de quitar, y eso me gusta. Puede arrancar —o despegar con cuidado, depende de cada uno— todo aquello que sobra y al mismo tiempo oculta. Logra desnudar de vestiduras a un cuerpo, vivo o muerto, que tiene sus asuntos por decir. Y lo deja así, temblando, mirándonos de frente, impúdico en sus huesos y, de algún modo, seguro en su verdad.

Se ha dicho que el texto literario muestra su fertilidad por lo que abre más que por lo que clausura. Él no resuelve, no cura; él no sabe, solo obliga. La misma imposibilidad que lo dispara es la que le permite ser. Ella despliega, lentos o fugaces, sus sentidos. Creo fuertemente en el no decir del texto literario. Creo fuertemente en la ficción. Ella pondrá en palabras lo que no sabemos y nos asalta, lo que resuena más allá de las explicaciones porque está antes o después de ellas. Porque existe el no decir, la mentira, podemos atarnos a la vida, de algún modo, mirarla. Porque es ficción podemos escribir ciertas verdades y leerlas. Con esa libertad puedo leer el cuerpo del pasado y pensarlo.

Si quise escribir sobre el pasado, fue para que él y su sombra no logran vencer (la historia en algunos casos vence dos veces: con los hechos, la antigua *res* latina, y con su sombra). Pero yo no sé de historia, es mejor que hablen otros. Yo sé que hay un hilo siempre entre el jardín oscuro del pasado y el imprevisto futuro. A ese hilo me gusta ponerle el nombre de deseo. Solo si soy capaz de ver el trazo de mi deseo y sostenerlo, puedo vivir. No ha de salvar al futuro ese dibujo, no redime al pasado, solo tensa este efímero lugar que nos sostiene. Y no es poco.

Montevideo, 22 de setiembre de 2017